

EDITORIAL

Oportunidades y desafíos de la ganadería bovina nacional

Por Juan Mauricio Álvarez
Instituto Nacional de Tecnología
Agropecuaria (INTA), coordinador
del Programa Nacional de Carnes y
Fibras Animales.

alvarez.juan@inta.gob.ar

Las estimaciones y proyecciones sobre la población mundial indican que continuará creciendo y la demanda de carne acompañará esta tendencia, especialmente en los países en desarrollo. Sin embargo, esta demanda estará condicionada por aspectos relacionados con las políticas comerciales, el rol de los consumidores y el cuidado del ambiente. Los atributos de calidad, así como las preocupaciones respecto de la contribución que hace ganadería a la emisión de gases con efecto invernadero (GEI), el tratamiento ético de los animales, la trazabilidad de los productos y otros aspectos de contaminación ambiental serán cada vez más relevantes.

En este contexto, con una matriz productiva nacional diversificada considerablemente en el último siglo, la ganadería continúa siendo muy relevante para el país. Los datos indican que se trata de un sector que provee empleo a más de 420 mil personas y genera divisas por más de 3.600 millones de dólares, ubicándose como el quinto complejo exportador –INDEC, 2022 –. Vista así, la Argentina además posee una serie de ventajas comparativas que se apoyan en la diversidad de recursos naturales disponibles para producir. No obstante, la actividad se encuentra en un equilibrio económico y ambiental delicado con una producción estancada desde hace décadas. Las existencias actuales alcanzan los 53,5 millones de animales, de los cuales 22,7 millones son vacas y el 72 % está en la región pampeana. La producción estimada es de 3.000 millones de tn de carne, de las cuales el 73 % se destina al mercado interno. Surge así un primer aspecto a considerar: con el nivel actual de eficiencia habría que aumentar considerablemente la cantidad de cabezas para producir más, lo cual generaría un impacto ambiental negativo. En la Cumbre sobre Ambición Climática 2020 el país asumió el compromiso de no superar los 358,8 Mt CO₂eq de GEI para año 2030. A esto hay que agregar que no existe margen en la mayoría de las regiones para incrementar la cantidad de animales. En consecuencia, el incremento de la producción total de carne debe realizarse a expensas de una mayor eficiencia.

Estamos ante un proceso multidimensional y de alta complejidad ya que existen condicionantes ambientales, culturales, sociales y económicos. Es decir, en un territorio tan diverso y heterogéneo como el argentino, es innegable que el desarrollo de la actividad tiene particularidades locales que la modulan y diferencian, por lo cual las estrategias dependen de cada región. Pero, a pesar de estas particularidades, existen denominadores comunes que pueden generalizarse como ejes centrales de mejora.

Como ya se dijo, el crecimiento de la producción debe focalizarse en el aumento de la eficiencia y la productividad de los animales. Es evidente entonces que la principal variable a mejorar es el porcentaje de destete. Los datos históricos muestran que el país mantiene una baja eficiencia de procreo –55 a 68 % dependiendo de las regiones–. Y si bien es cierto que en algunos territorios la actividad se desplazó a zonas con suelos de menor potencial –en promedio– no se lograron mejoras significativas en décadas. Situación que tiene implicancias sobre el negocio, la sustentabilidad ambiental y la percepción social.

Por su naturaleza extensiva la cría bovina tiene una alta dependencia del ambiente, es poco flexible y vulnerable a las contingencias climáticas y económicas. No obstante, contiene elementos de resiliencia que permiten encontrar modelos exitosos en todas las regiones, por lo cual coexisten en un mismo espacio geográfico planteos de alta eficiencia con otros de baja. La información relevada en por el Visualizador de Cría Bovina –del Ministerio de Agricultura– de la Nación– indica que las limitantes más comunes pueden superarse mediante la incorporación de tecnologías de procesos, que están disponibles y probadas en la mayoría de los ambientes. En este orden, el INTA cuenta con una red de Unidades Demostrativas de Cría en las que se logró incrementar la producción entre un 60 y 130 % sobre la línea de base. Son espacios que se utilizan para realizar jornadas técnicas, difundir las prácticas de manejo de mayor impacto y capacitar a productores, profesionales y empleados rurales.

Otro indicador a mejorar es el peso de faena. El corrimiento de la frontera agrícola y la menor disponibilidad de tierras de calidad para realizar recrias pastoriles desestructuraron el negocio de exportación de novillo pesado. El producto de mayor preferencia por el mercado interno corresponde a un animal muy joven y liviano, con adecuada terminación y grasa de color blanco, proveniente de feedlot o de sistemas con altos niveles de suplementación. Sin embargo, esta preferencia parece construida desde la oferta en función una lógica más relacionada con aspectos financieros del negocio, que con atributos

EDITORIAL

de calidad del producto. La preferencia por este tipo de animal priorizó la producción a corral con una terminación a bajo peso penalizando al novillo pesado, aunque este se produzca de la misma manera y sea faenado con menos de dos años de edad. Esta trayectoria es completamente inversa a la que siguieron los principales países productores y competidores de Argentina en el mercado.

Para elevar el peso de faena es necesario aumentar la participación de las recrias de base pastoril combinadas con diferentes estrategias de suplementación y engorde a corral. Además, se debe comprender que existe una estrecha relación entre esta variable y la exportación. El peso de faena promedio de las industrias que venden en el mercado interno es de 210 kg, mientras que las plantas que exportan y venden al mercado local tienen un peso de faena medio de 254 kg. Más aún, la preferencia del mercado interno no es trasladable al de exportación y viceversa. Parte del mercado externo demanda productos de escasa demanda interna por valores que superan el precio local. Por lo tanto, la presencia de un mercado de exportación es necesario para generar previsibilidad de precio, colocación del producto y promover una mayor producción. En este caso y considerando que Argentina no será un exportador de grandes volúmenes, una estrategia nacional debería contemplar el posicionamiento en mercados de alto valor.

Como se mencionó al inicio, en estos mercados la decisión de compra está cada vez más condicionada por valores relacionados con el bienestar animal y la visión acerca de la contribución del sector al cambio climático. La evidencia indica que los modelos aplicados por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) no reflejan la situación de los sistemas ganaderos en el país. Trabajos realizados recientemente sugieren que los sistemas ganaderos basados en el aprovechamiento de pastizales naturales, pasturas o bosques, producen en valores cercanos a la carbono-neutralidad o incluso secuestran carbono emitido por otras actividades.

La Argentina fue seleccionada para presidir el Subcomité de Ganadería de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), lo cual representa una excelente oportunidad para introducir elementos objetivos que mejoren la valoración del aporte que realiza el sector local al cambio climático. Para ello es necesario aportar información científica sólida, referida al balance neto de carbono de los sistemas de producción más relevantes del país. El INTA trabaja en una propuesta para generar un dispositivo experimental de carácter federal, que permitirá abordar el tema desde una mirada multidisciplinaria y bajo un modelo de ciencia abierta. Se pretende que la información generada sirva también para identificar procesos de intensificación sostenible que iluminen el camino hacia una producción más ética.

La sostenibilidad social de la ganadería también debe ser abordada. La mayoría de los productores poseen menos de 100 animales por lo cual se consideran agricultores familiares. Este sector enfrenta dificultades asociadas a la falta de infraestructura, la imposibilidad de acceder al crédito, a la asistencia técnica y a mercados formales de comercialización. Si bien realizan un aporte menor que otros estratos a la producción nacional, son sistemas que abastecen mercados locales, generan empleo, ocupan el territorio, cuidan los recursos naturales y contribuyen a la soberanía alimentaria. En este caso uno de los princi-

pales desafíos es facilitar el vínculo de los productores con mercados que valoricen su racionalidad ecológica, así como los servicios económicos y sociales de estos modelos productivos.

También es necesario avanzar en la conexión de la cadena mediante un flujo de información más eficaz que permita la retroalimentación entre los eslabones. La conectividad y el uso de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) están incorporándose como un elemento central en los procesos de producción y negocios. La ganadería nacional no puede permanecer indiferente a esta tendencia. La retención de personas en el ámbito rural y la calidad de su trabajo serán cada vez más condicionadas por las facilidades para comunicarse y utilizar las TIC. Las tecnologías actuales de identificación electrónica individual desde la cría, así como la toma de decisiones tempranas serán fundamentales para elevar la productividad. La continuidad de la trazabilidad individual en la etapa industrial también será necesaria para implementar la tipificación por calidad de carne y visualizar espacios de mejora. Una cadena más conectada propiciará una mayor y mejor comunicación entre los eslabones, especialmente entre los extremos, de manera tal que las preferencias de los consumidores lleguen a la etapa de cría y engorde promoviendo cambios cualitativos. A la inversa, también permitirá que las mejoras realizadas en cada etapa sean comunicadas a los consumidores de manera que puedan valorar diferencialmente los productos.

Para impulsar estas innovaciones es necesario generar una agenda de consensos entre el sector público y el privado. Desde el INTA se intentan construir estos consensos a partir de un diálogo permanente con los actores de la cadena, en base a la representación que tienen en el Consejo Directivo nacional, en los consejos regionales y la red de consejos locales de INTA. Además, se trabaja junto al ministerio de Agricultura de la Nación en la implementación del Plan GanAr, con el objetivo de consolidar un proceso de desarrollo sostenido de la ganadería nacional. Este plan tiene como metas específicas aumentar el porcentaje de destete en 5 puntos porcentuales y elevar el peso medio de faena a 250 kg para el año 2030, generando unas 600 mil tn adicionales de carne. Además, se pretende posicionar al país como un productor de carne sostenible en los principales mercados internacionales de calidad.

Este número especial de IDIA 21 "Ganadería bovina: presente y futuro" cuenta con algunos aportes institucionales para superar los desafíos planteados. En este recorrido se abordan aspectos relacionados con las posibilidades de incrementar la producción en la etapa de cría y engorde, así como las tecnologías para gestionar y direccionar el sector hacia una producción más eficiente con un mejor balance de carbono. Sumados a otros trabajos técnicos donde se presentan nuevos aspectos de calidad valorados por los consumidores, avances en sanidad animal, ganadería de precisión y el rol de la agricultura familiar en la actividad.

Como se verá en este número, el análisis del escenario actual impone un cambio de paradigma para el cual es necesario ensayar nuevas ideas y formas de producir. En esa línea, la revista es también una invitación a pensar la cadena con una visión prospectiva, apoyada en las capacidades que llevaron a la Argentina a ocupar un lugar destacado entre los países productores y exportadores de carne del mundo. En definitiva, el desafío más importante es pensar la ganadería del futuro.